María del Carmen Paiva

Desgajos

ARANDURÃ
EDITORIAL

Índice

Exaltación
I 11
II 12
III 13
IV 14
V 15
VI 16
VII 17
VIII 18
IX 19
X 20
XI 21
XII 22

Exaltación
I 25
II 26
III 27
IV 28
V 29
VI 30
VII 31
VIII 32
IX 33
X 34
XI 35
XII 36
XIII 37
XIV 38
XV 39

Temblor
Urdimbre 43
En el jergón de los yuyos 44
Mediodía en Pettirossi 45
Qué pena 46
El preso 47
El incidente de
admitir lo que es 48
Al instante 49
A un lado 50
Oculta 51
Huida 52
El tallado 53
Enseres 54
Meditación 55
Recuperable 56
Camino antiguo 57
Vestigio 58
Compañía 59
Proximidad 60
Perseverancia 61
Desvelamiento I 62
Desvelamiento II 63
Traslados 64
Ilusión I 65
Ilusión II 66
Luminosidad 67
Visión 69
De paso 70
Sugerencia 71
Hacia ti 72
Retiro 73
Lejanos 74
Abrazados 75
Tardanza 76
Por si acaso 77
Inexplicable 78
Afuera 79

María del Carmen Paiva

Desgajos

ARANDURÃ
EDITORIAL

Ilustración de tapa:
María Mercedes Edwards.
Óleo sobre tela 40 x 50 cms.
"La casa de Ramonita"

© María del Carmen Paiva
© Arandurã Editorial
Tte.Fariña 1074
Telefax: 214 295
e-mail: arandura@telesurf.com.py
Asunción, Paraguay

Hecho el depósito que establece la Ley 94/51

Prólogo

Al leer estos textos de María del Carmen Paiva, me remonto de inmediato a un corto ensayo de Jacobo Kogan, ***Fenomenología del Tiempo Poético***, en el cual dice: "La emoción que procura la belleza abarca la integridad de nuestro ser", y luego cita sucintamente a Spinoza y a Gastón Bachelard para recordarnos: *En su **Poética del ensueño** muestra Bachelard que el ensueño, origen de la poesía por la vía de la imaginación, deriva de un sentimiento de dicha. La esencia del ser –escribe, de conformidad con Spinoza– es el bienestar. A quien quiere soñar bien -continúa- hay que decirle que comience por ser dichoso. Es que el ensueño de la poesía nos hace felices porque experimentamos libremente la vida en su intensidad pura.*

A esto, el filósofo argentino agrega: "El estado de felicidad que nos invade al contemplar la belleza nos hace comprensible que el tiempo, como ella, no puede ser formulada en palabras con la poesía. Es que la virtud y lo esencial del arte reside justamente en una actitud de libertad frente a las contingencias de la vida real, que transmuta hasta el dolor en belleza".

Esta breve referencia sirve para avalar mi propia impresión, la que me induce a definir al impulso poético de María del Carmen como una manifestación pura, esencial al Yo, que no es otra que el impulso de la razón, el que radica en nuestro ser íntimo y se basamenta, firmemente, en la **facultad de sentir**.

De ahí proviene el ensueño de su poesía, la que nos hace felices al leerla porque exuda el notable estado de permanente ensoñación en que vive la poetisa, estado del que acaso hace profesión de fe, ejercicio inconsciente (y consciente) de su propia vida, una **manera de ser** que es sencillamente la manera de ser poetisa, de **vivir** la poesía y en-la-poesía.

En cuanto a la construcción verbal de sus poemas, que se concatena fuertemente con el lenguaje con que desarrolla los versos, su poesía despliega un panorama en el que se entremezclan destellos impresionistas y simbolistas, formas a través de las cuales María del Carmen expresa su verdad, sin que esos destellos signifiquen, en modo alguno, anacronismo expresivo. Así, con los fulgores del simbolismo construye una sucesión de imágenes sugestivas e interrelacionadas, como intento de llegar acaso a un estadio ideal; y con los relámpagos impresionistas trata de **ver** la vida tan exactamente como le es posible en los momentos dados por esa suerte de estado de posesión a que accede por medio de la pulsión poética.

Otro indicador de su singular estilo estriba en el modo como utiliza la metáfora, pues a este elemento primordial de la poesía ella casi nunca lo preanuncia; más bien lo sugiere a través de imágenes muchas veces oníricas que le concede un halo de misterio. Esta sugerencia (y sugestión) produce en el lector el goce poético, que proviene de la adivinación gradual que debe hacer de los símbolos que utiliza María del Carmen para **mostrar** un estado del alma (la de ella). En este punto bien puedo memorar la recomendación de Mallarmé: "El ínfimo desnudo inicia su viaje de primavera" o la invitación al lector a adivinar el sol en su "carácter ínfimo" o en su debilidad en el comienzo de la primavera.

Poesía nacida del corazón, que es decir de la verdad humana, es ésta de María del Carmen Paiva, poesía que se va desgajando con suave cadencia, desgajo que no es cercenamiento, sino desprendimiento que, en actitud de entrega, ubica morosa y amorosamente en nosotros sus gajos, su corteza, sus briznas, para regocijo del espíritu.

Víctor Casartelli

Exaltación

I

De alguna manera
se ama
todo aquello que compartió
con nosotros
la vida,
día tras día
hasta casi ahora.

Ese apego entristece
por el empeño
de la distancia.
Sólo sobrevive
lo infrecuente,
tal vislumbramiento,
o algún desgajo
dispuesto por allí
a reclamarnos.

II

Cortejo de despojos a punto de invernar en torbellinos. Apenas las hojas en la lumbre del ocaso, más azul y más callado.

En los hombres, la reflexión sin disimulo. Ardientes, perdidos en el viento.
Fieras de continuo abrazo.

Canción para no entristecer, para sostener en ella la memoria. Apariciones, soliloquios que regresan, y la melodía del organillo instalada para siempre en la esquina de la plaza.

Los sueños locos y los fantasmas que hacen reír.
Alguien, y la complicidad a través de los cristales.

III

Desde hace tiempo, la imperturbable joyería del río; más allá la brumosa llanura y, en el trayecto, las partículas intangibles de la memoria y de otras evocaciones.
El agua tiembla. Los hombres y las mujeres no la contemplan.
Espectro silencioso con su aleteo de secretos, de historias desaparecidas.
Ante mí la calma, la brillantez; a mis espaldas (qué lástima) la indiferencia.

IV

Guardianes escurriéndose con disimulo. En lo alto, las últimas flechas anuncian el final de la oscuridad, de la invocación reservada y del cansancio de los lamentos.
Los cuerpos desvelados reciben el primer fulgor que se expande sobre los techos.
Ensombrecidas aún las murallas y el ropaje de los pájaros, aparece una flor en llamas y, silenciosamente, va descubriendo un cielo cada vez más diáfano.

V

En colorida conmoción, el instante se retira y todo lo lleva. Lo mágico es la gratuidad posible, el secreto de lo que vendrá. La música se transforma, y los perfiles, incluso los vestigios. Ni qué decir los propósitos, las palabras, y todo aquello que no vemos.

Qué sorpresa –tan grata por un lado, y tan triste por el otro– depara este tráfico que en su principio y su fin es alegría, por la intención y la gentileza de Quien nos halaga.

VI

Así, la vida se muda dejando señales escasamente reconocidas en globos azules y grises, con la melodía de la evocación de lo imaginado, en siestas renovadas, dulces, de santo cortejo, y en la extremada soledad de las invenciones, cuando hace frío.
Todos los ensueños vanos y profundos habitan imperecederos.

VII

Al fin se apartó la cascada de jirones pardos y tristes que la última estación despojó sin premura. Está todo tan callado que se oye hasta el mínimo gorjeo en los lejanos montes, alternados con apremios más cercanos. Bajo mis pasos, el sol relumbra más hermoso en los brotes húmedos.
Cuidaré el romero que renace serenamente a mi alcance.

VIII

Le comenté: "Se quedó solo de puro silencio y espera en su alcoba de viejos geranios. Un sentencioso reloj tragó su mirada nocturna, la misma que me cercó durante veinte años", mientras me escuchaba sentado en el sillón de mimbre, delante de la ventana azul.
"Se transformó en casi nada, y deseo llorar por la distancia que nunca acaba".
No pareció sorprenderse y, durante un largo lapso, en que aparecieron las sombras con algunas luciérnagas blancas, no dijo nada.
Entonces, lo imaginé en su primera pasión, de rodillas ante su propio espacio vacío, humedeciéndosele el alma, toda azul, como una mariposa.

IX

¡Radiante aparición! Flores de fuego estallan en el naciente, allá donde la primera hora se estremece e intentan descansar mis ojos. Se enredan las hebras de mi tejería, la que había engastado con tanto esmero. No sé en qué momento se desordenan, yendo a parar al lado opuesto.
De alguna manera me transporto a aquellos castillos temporales, y reposo bajo sus árboles eternos.
¡Cuánto trajín en el cielo!

X

Inoportuna pasión en este invierno, con el regazo casi vacío, y exiguos restos de cintas como los años que la abandonaron.
Y dale con los recuerdos puros y azules como el abismo del tiempo.
Traslado manso de antaño.

XI

Qué hago en este delirio de andolinas entrañables, poblada de memorias y sobresaltos, en medio de frágiles plumas, en el sueño difícil de la noche.
Qué puede sorprenderme ya, al haberme desligado de las pasiones que me acompañaron desde niña.
¿Quién sabe algo de todo? Yo apenas percibo briznas espectrales.

XII

El beso de diciembre ondea el paso del coral entre las ramas. Lejos, el oriente.
El búho, triste, picotea la penumbra temprana.
Conflagración en las diamelas muy blancas.
Por allí, desgajos de palabras, resolviendo líos.
Todo está quieto y grácil, aun la madreselva, dando contento con su leche dorada.
Alguna pelusa gris que se acerca (ilación del arrullo), esbozando mi enredo silencioso, más ese intento de sostenerme como un colibrí soñador en la contienda.

Advertencias

I

Cómo hiela
el callado linaje de la noche.
Nadie nos habita.
No hay jazmines en el alma
sola.

II

Aunque esté triste,
la noche está nevada
de recuerdos
que caen
por todas partes,
como diamelas
deshojadas.

III

Cada noche trae
su propio asombro
y también
(qué lástima)
el hábito
de los mismos designios.

IV

Ya no fulgura
todo lo que ha sido;
pero regresa
y todavía me encandila.
Quiero guardar esas violetas
en algún libro,
para no ajarlas
de nuevo.

V

Nunca suceden
cosas inexplicables
cuando estoy despierta,
pero ahí está el miedo.
Quién sabe
qué pasa
detrás de la excusa.

VI

¿Dónde están?
¿Quiénes?
No los conozco.
Antes, un poco.
Luego,
ya no son.
Después de todo,
¿por qué tendrían que ser?

VII

Algunas veces,
distante,
se escurre la vida;
entretanto
permanecemos en silencio

–sobrellevándola.

VIII

De pronto
hay secretos:
una voz muda
me entretiene
mientras no duermo.

IX

Se van
las explicaciones.
Sólo persisten
los fantasmas
del dolor.

X

No puedo estremecerme
si no tiemblo;
ni decir palabra
estando vacía.
Nadie puede ayudarme
cuando muere lo que he sembrado
por haberme dado al descuido.

XI

Me hubiera gustado
que estuvieras de acuerdo conmigo,
que adivinaras
–por ejemplo–
que beso las estrellas
y me mareo con los vientos.

XII

No atañen
las ocurrencias de hoy
después de tanto errar
y de vez en cuando un acierto.

Me hace bien
ser lo que quiero
(al menos un poco),
darme el gusto
con este albedrío
tan calmo y tan terso.

XIII

La vida favorece,
y al instante aflige.
Entonces,
uno se detiene
a la sombra
de algún árbol
y trata de evaporarse en la distancia.

XIV

Este acto repetitivo
de salmodiar
la andanza de mi pensamiento,
va ciertamente
indagando reparos.

Centellea,
allá lejos,
una resonancia.

Las conclusiones
al ir a expirar,
se renuevan
como lirios rojos,
y arden
con locura
hasta enjugar las lágrimas.

XV

A veces
el alma,
lúcida,
allá adentro
se vuelve muy callada.

Temblor

URDIMBRE

Ella entreteje canastas
para hacer naufragar clavelinas
y guisófilas
en las bodas.
Luego, las cuelga
como candelas,
intentando avivarlas.
Juega con el vigor
de las hebras,
y una tinta violácea
le oscurece el contorno de los ojos.

Pasé nomás por allí,
eso es todo.

EN EL JERGÓN DE LOS YUYOS

Jornada de hinojo,
laurel, romero
y otras hierbas
para dolencias varias.
Ella,
vestido de rosas rojas,
y en sus cabellos
tal recompensa,
un lienzo blanco,
niebla nocturna
para su espalda.
Ah, y los asedios
antes del sueño,
porque a su lado siempre amanece
su bebedor de caña.

MEDIODÍA EN PETTIROSSI

Compuesta de sol y de claveles,
frente a la capillita celeste
moteada de flores de artificio,
ante la única oyente,
oh Virgen María,
oré con la multitud
en el mercado.

Desde entonces los llevo:
a los niños,
a los hombres, a las mujeres
y a la pobreza.

QUÉ PENA

En el enredo
de la ciudad,
en los rebordes de los edificios,
las aves se entrecruzan
con el halago del crepúsculo.
El calor y el desamparo
se expanden
entre los niños de la calle.
Los automóviles, indiferentes,
los postergan.
Los enigmas permanecen,
sellados,
en las piedras.
Como de costumbre,
se prefiere
el abandono de la vida.

EL PRESO

No demoren las constelaciones,
vengan los petardos celestiales.
El dolor no espera,
la oración se esconde
bajo la ropa;
a punto de estallar la coraza
de tanto golpear la sangre.

Sólo por unas horas:
cabalgar en el espacio
con un movimiento lejano,
sobre caballos de cuarzo.

EL INCIDENTE DE ADMITIR LO QUE ES

La diligencia es
consentir la vejez
sin más detenimiento
de lo que fue
y se transformó.
En la hondura de los ojos
habita ya libre
la apariencia.
El descuido
de una lágrima despaciosa
alardea junto al reposo
que concede el tiempo.
Más la solvencia
a que arribó la aflicción.

AL INSTANTE

El pensamiento
se va, brevemente,
hacia el asombro del follaje.
De algún lugar
surge una melodía sollozante,
rememorando
lo inacabable:
aquello que fue lejanía
y aún se adhiere a los ojos;
también el casi nunca.

Se transforma
una fracción de la noche
en media luz,
titubeando
por encima de todo lo vivido.

Sucede en un abrir y cerrar de ojos.

A UN LADO

Imágenes,
conmemoraciones placenteras;
así, la tardanza
en dos tazas de café
bien compartidas.
Mas, en los ojos,
antojadiza,
una daga suspendiendo
de inmediato
la insinuación inaudita
dentro del recipiente
ya vacío.

OCULTA

De sorpresa
se extiende el relámpago;
todo el cielo se rompe
en el parpadeo de los ojos.
Desaparecen los gatos, las aves;
es noche.
Algunos pasan
con los labios mojados
afuera.
De este lado, la quietud,
la fosforecencia
de los objetos
en el espejo.
Y nadie más.

HUIDA

¿Adónde irá
la lumbre del cirio?
Parece que se adhiere
a la celosía
o se escapa atravesándola
como golondrina incandescente
en busca de la estación propicia.
Duerme allí,
o en el vacío,
o en mí.

EL TALLADO

No me habitúo
a los hechos corrientes.

Vivo
entre auroras fatuas
y crepúsculos fríos.
Me frecuentan
mariposas de marfil
que me ciegan.

Los arcángeles me defienden
con sus lanzas de diamante,
en sus lechos límpidos.

No me acostumbro,
pero regreso siempre
a tallar el cristal encomendado.

ENSERES

En los viejos muebles
que se conservan por aquí,
existe un ordenado silencio,
casi extraño.
Son estatuas curiosas
a la espera de que todo lo guardado
emerja por última vez.

Vigilan los recuerdos,
así como el instante final.
De tanto en tanto
realizan un regocijo de brujas.

MEDITACIÓN

Me crecen los ojos
mientras pronuncio
el discurso íntimo.
Todo anda lejos.
Sólo existe
un espacio inventado,
y, desde luego,
el trastorno
de querer y no querer
rememorar.

RECUPERABLE

De todo lo de ayer,
quedó la fragancia,
la emoción,
el tapiz del invierno
retirándose;
y esto que parece ser
soledad
y la luna dando vueltas
como si nada hubiera pasado.
Es una sola esencia
que reúne todo lo vivido,
y que se va con uno
en la muerte.

CAMINO ANTIGUO

Ay, cómo se va la vida.
Qué tristeza
en esos vanos espacios
que uno andando los deja.
Se muda,
y nunca más rebrota.
Cuántos hombres distintos,
y mujeres.
Siglos y siglos se elevan
con sus secretos perdidos
en la noche alada, invisible,
luciendo penumbras.

VESTIGIO

Reseña que se diluyó
en el tiempo,
mas, contuvo algo
que ya no es,
pero que fue.
Por eso vale.

COMPAÑÍA

La aflicción
irremediablemente reaparece.
Del mismo modo,
la brisa conduce
el efluvio de las flores,
repercusiones gratas,
y, algunas veces,
otra aflicción,
aunque más leve.

PROXIMIDAD

Merodean por allí
la algazara del baile;
el desprendimiento de la parra
en el revuelo de los pájaros;
esas flores caídas
en el patio tan nuestro.
Y una mácula de sangre,
casi morada,
en el arrojo del ocaso.

PERSEVERANCIA

Persisto,
embelesada,
en la orilla
del paraíso ausente.
De este lado,
el sol
con su telaraña de brillos.

DESVELAMIENTO

I

Oigo gritos anónimos.
¿Quién respira?
¿Alguien habita
este silencio completo
de soledad y de vigilia?
Se anuncian fragores en el cielo,
se escucha el reposo de las tablas
en la casa vacía.

Falta tiempo
para que canten los gallos.

Seguramente dormiré.

DESVELAMIENTO

II

Está la fatiga.
A veces, viene
un cabrilleo de sueños.
Pero estas pretensiones
en mis pupilas
se debilitan
sencillamente.

TRASLADOS

Nada puede
aliviar el dolor
más que el tiempo.
Sólo resta esperar
que pase
poco a poco,
hasta que se ablande
la congoja.
Y aun así,
alguna vez regresa.

Pero resisten
los campos frescos
y las torcazas
de las visiones
en los entreactos,
y el desliz de la vida
por veredas ignoradas.

ILUSIÓN

I

Quiero dormir
en el mar,
en un velero callado,
cerca de mí.
Poseer en la boca
una flor de mi sangre.
Embravecerme
con la noche y la profundidad
hincada y aturdida
por las piedras estelares
y serpentinas
hasta nunca más.

ILUSIÓN

II

Después de los infortunios
viene el descanso
con flores en la colina
y la brisa revolviendo
el verdor por todas partes.

Dormir en la tierra
después de haber dormido
en el mar.

El corazón se enternece
y el alma se desprende
interminablemente
como palabra
de pájaros.
Los pensamientos
son mansos
y recorren sendas ignotas.

El viento siempre es azul.

Todo está bien.

LUMINOSIDAD

Las llamas del aguacero
destiñen los tejados.
Un perdido rayo de sol
los vuelve pálidamente cárdenos.

Así,
la gente se mueve
con cautela
y un gato con plumaje de lluvia
se estremece
en los rosales.

Todo es.
Al instante, no más.
Acaso se desvanece
mi protesta,
reclamando equidad
para cualquier abandono.

Va aconteciendo el día
cual serpiente de coral;
con este saldo,
el intento de la alegría

en los despojos expuestos;
también los vigilantes
disimulando el orden.

Resplandece
el agua en el cielo.

VISIÓN

En el contorno del bosque
cesa una sombra blanca,
exactamente
donde la autopista
ya no se divisa.
Una pareja de enamorados
se da cuenta.
Es cosa de brujas.
Los que la vimos
nos perdemos en la noche.

Philadelphia, julio de 1997

DE PASO

Qué oscuridad en los ojos;
cuánto le brillaban
en el resplandor de la noche
sobre el puente
de paso.
Al otro lado,
la iglesia,
el edificio reservado de piedras
conservando episodios
y libros
y muebles.
Algo intuí,
y me lo llevé.

Philadelphia, julio de 1997

SUGERENCIA

Palabras.
El mundo está lleno
de palabras
maduras,
livianas.
También está colmado
de ojos
profundos,
imprevistos.
Hay brazos.
¿Por qué los brazos
no hacen
lo que las palabras
y los ojos?

Philadelphia, julio de 1997

HACIA TI

Hoy, como de costumbre,
trasueño contigo,
en tu corazón
completo de lumbre,
inmersa en el humo
que exhala tu cuerpo
casi turbado
junto al mío.
Cuán lejos duerme todo.
Y esa trama
de la desmemoria
que va sometiéndome.

RETIRO

Da la impresión de que aumenta
una distancia inoportuna.
Voy perdiéndote.

Que sólo sea
esa rareza
que simulan la noche
y la tormenta.

LEJANOS

Tú,
tan lejos.
Tan lejos
que ni presientes
el ruido de los automóviles aquí,
ni el movimiento de mis labios
cuando elogio
aquel amor
y mi placer de admirar
profundamente los astros
emparentados, ciertamente,
con los que tú debieras ver
en este momento.
Pero así es la separación.

Philadelphia, julio de 1997

ABRAZADOS

Te pido
que me sostengas
en este lecho,
inocente,
sin huella.
Me preguntas
por qué tan lejos el amor.
Te respondo:
es conveniente
que también nos abracemos
así.
Que no es ajena
la quietud
en la conspiración
de la ternura.

TARDANZA

Si fuéramos distintos.
Si en el albor del día
nos ofrendáramos
una sonrisa franca, limpia,
podríamos reverdecer,
recuperar las hojas
de tantos otoños
que dejamos pasar,
que olvidamos en el patio.

POR SI ACASO

Estoy segura
de que amamos lo mismo,
y de que nos añoramos
a la misma hora.
Mas no podemos hacer nada.
Tal vez estamos sentenciados
(¿es ésta la sentencia?).
Por nosotros,
por motivos de la vida,
por las dudas,
no te vayas lejos.

INEXPLICABLE

Huyen los vocablos
cuando aspiro a entretejer
aquello que me consume
allá, adentro.
Fogata desvelada
enrojeciendo desmesurados tulipanes.
Brotes de seda,
azules,
hondos, continuos.
Tanto quebranto
se transforma en pedrería
y se adhiere a la carne
del alma,
desapareciendo para siempre.

AFUERA

Los tonos violetas
en un río pajizo,
cierta olvidadda palabra,
una lámpara.

Un hombre canta
bajo la enredadera;
parece que por detrás
se le apoya un violonchelo.

Se aleja un colibrí.

La oscuridad es lenta.

Se terminó de imprimir,
en noviembre de 2001,
en QR Producciones Gráficas.
Tte. Fariña 1036.
Telefax: 214 295.
Asunción-Paraguay

La poesía es un don de Dios; nace con uno y se desborda después. Este constante temblor que sugiere sentimientos y belleza, se convierte en una manera de vivir.

Escribir poemas conlleva una ardua tarea de aprendizaje y el ejercicio de indagar secretos en el alma y en la vida, apartándolos con una pinza de cristal. Lograr que la poesía haga nupcias con ellos, es poseer una virtud especial. Yo apenas intento esbozar versos en homenaje a ella. Y he de morir en este oficio que me permite ahondar la belleza en el dolor y en el gozo, en un instante que se torna perpetuo.

Desgajos son exaltaciones que escogí de mis delirios, así como, advertencias, son reflexiones de mi quietud. Y los otros, lágrimas que, seductoramente, las cubre mi amiga María, con su mantellina de flores.

María del Carmen Paiva

María del Carmen Paiva nació en Asunción, el 17 de mayo de 1942. Se formó en el colegio de Beatriz Mernes de Prieto. Fue presidenta de la Academia Literaria de dicha institución. Residió en Montevideo durante siete años, donde cultivó la lectura y las artes. Estudió diseño de interiores durante dos años. De regreso en Asunción estudió Relaciones Públicas. Participó en los talleres de poesía y narrativa de Carlos Villagra Marsal. Aparece en varias antologías, revistas y periódicos, así como en libros nacionales y extranjeros dedicados a la poesía en el Paraguay.